

VICENTE MENGOD

N I V E L E S F I L O S O F I C O S

SE INICIA la filosofía cuando el ser racional se pregunta por el origen del mundo. Sus problemas abarcan la esencia de la verdad, el origen primitivo, la finalidad del proceso cósmico, la posición del hombre en sus diversos horizontes y la resonancia espiritual de los valores. No es fácil llegar a una definición exhaustiva de la filosofía. Quizás uno de sus niveles está inmerso en la frase que dice: "La filosofía va de camino". Y así es, en efecto. Ese ir de camino es su más auténtica finalidad.

Pensar en términos filosóficos supone remar en aguas embravecidas. El navegante afirma los remos, pero su nave se alza sobre las olas, para caer de nuevo en los abismos, quietos en apariencia.

El hombre, en sus primeros balbuceos filosóficos, ensaya variadas posiciones dubitativas. Pero de la duda surgen grandes problemas. ¿Qué hubo, cuando no existían ni la nada ni el ser? ¿Eran posibles la muerte y la inmortalidad?

Entonces, sólo entonces, se recurre al significado mágico de las palabras, sin las cuales no tienen validez los sacrificios. Esencialmente, es una palabra que se pronuncia con dolor, con inquietud e incertidumbre. Los magos y los hechiceros están en los umbrales de la cultura. Felizmente para la historia de esa cultura, en Grecia el poder intelectual cayó en manos del pensador. Y sus palabras estuvieron llenas de un sentido racional, de un lirismo entrañable y posible, ya que la palabra viene de Dios y saca de la nada la existencia de las cosas.

Heráclito nos dirá que no existe lo permanente, que la vida es como un río que pasa y hace cambiar la situación de las cosas. Platón hará suya la teoría de las ideas, nos hablará del bien, de la belleza y del amor, de un amor puro, casi intelectual, más allá de las reacciones viscerales.

Cuando se expande la concepción cristiana del mundo, la idea de

un dios que extrae el mundo de la nada crea un abismo entre Dios y la criatura. La postura mística de la filosofía no tiene otra aspiración que la de colmar ese vacío. Desde ese momento, el hombre humilde emprende su camino, calza sus sandalias, empuña su báculo de peregrino. Se siente filósofo, busca la verdad, ilumina los problemas.

La filosofía va de camino, describe curvas, ensaya meandros, se empina hasta los altos cielos. Ese vivir desvivido señala unos de los más entrañables niveles de la humana condición.

El vaivén de los acontecimientos vitales ha hecho que los hombres se vieran solicitados por las corrientes del idealismo, del pesimismo, de una concepción pragmática y del ansia de conocer las cosas mediante el soplo mágico de la intuición. Para cada una de esas posturas filosóficas hay un nombre señero en la historia del filosofar.

Alguna vez, del grupo de peregrinos se destaca un individuo. Entre los pliegues de su túnica lleva un grueso tratado, un cúmulo de reflexiones, una fórmula con la que intenta detener el paso afanoso de otros peregrinos. Es un filósofo y ha creado un sistema, algo así como una finísima red con la que pretende cazar todos los peces vivos del cosmos. Y cuando la ensaya, observa con angustia que, si la pesca es milagrosa, algunos seres se le escapan, mientras que otros le rompen las delicadas mallas de su industria. Pero no hay que desesperar. Porque el oficio de los filósofos y de su ciencia es caminar, sufrir decepciones.

Muy cerca de nosotros, Bergson nos ha mostrado el fruto de sus capturas psicológicas. Ha dicho que todo lo pensado, sentido y querido desde nuestra infancia está inclinado sobre el presente. De ahí que nuestro espíritu sea memoria y duración. Tal vez, nuestra personalidad se va formando por sucesivas cristalizaciones, es decir, mediante capas espirituales que se fusionan unas sobre otras. Por esto el hombre va de camino, pues su auténtica personalidad habrá cuajado en el más preciso y último momento de su existencia.

Vivir es estar en el mundo, con la vista del alma puesta en lejanos luceros. Tras ellos cabe descubrir los hitos que se desplazan, quizás para decirle al hombre, para recordarle al filósofo que su menester consiste en ir de camino.

El hombre intenta evadirse, saltar más allá de su propia sombra. Pero todos los caminos del mundo confluyen en su punto de partida. Cada vez que el peregrino filósofo dispara a los vientos el arma de su sistema, se da cuenta de que la flecha, después de haber evolucionado graciosa o trágicamente, vuelve a caer a sus pies. Tal vez consigue ceñirla de nuevo entre las cuerdas de su arco. Pero una voz, sin

nombre ni metal, le murmura muy cerca del corazón: "¡Filósofo, tu misión es seguir adelante, no olvides que vas de camino!".

*

La filosofía contemporánea se mueve en diversos planos. Sus cimas, sus puntos de aguzado nivel, relacionados mediante una línea sinuosa, dibujan la aparente realidad del pensamiento filosófico. Entre esos puntos está como agazapado el terrible dilema y problema de la apariencia y de la realidad.

Nos hablan los filósofos de una realidad aparente. Husserl ha razonado la "fútil apariencia". Acaso Dios se presenta como apariencia metafísica, porque su realidad se ha hecho trascendente. Por eso podemos buscar a Dios en el tiempo desvaído y sin límites, jamás en la Tierra y en los espacios.

Difícil tarea la de captar la verdad de un hombre, partiendo de sus máscaras sucesivas. Y ello es así porque el individuo se bifurca en sus múltiples verdades. Quizás algo permanece inalterable. Todavía no hemos tenido la revelación exacta. Sartre ha intentado captar ese meollo existencial. Ha dicho que las diferentes posturas vividas por el hombre permiten columbrar su verdad.

Recuérdese que, en su obra *Puerta cerrada*, Sartre se rebela contra lo ya hecho y terminado, y nos presenta el caso de un "Infierno" que consiste en la ineludible continuación del encierro de varios individuos, "dialogando desde la postura anímica que la muerte ha hecho eterna".

Ciertos novelistas, con muy buen criterio, aspiran a que sus héroes se definan ellos mismos. Esperan que por un boquete de su cuerpo afloren ráfagas de espíritu. No olvidemos que, entre llamaradas y sombras gélidas, se halla la raíz auténtica del hombre, siempre preocupado de construirse su querida soledad.

El más noble nivel de la filosofía actual nos dice que el ser humano es un sujeto melancólico. En consecuencia, es necesario registrar sus armonías, distintas en cada momento, porque la vida está hecha de apariencias.

André Maurois tiene una novela, *Climas de Amor*, que relata las peripecias sentimentales de un hombre. En su primera parte, el personaje nos cuenta su vida, susurra y condena sus amores con una mujer. Pero en esas páginas la verdad se ha encubierto entre elementos extraños, de fugaz apariencia.

La novela sigue su curso. Y la mujer toma las riendas de la evocación. Vemos nacer un amante distinto, porque la hembra lo ha ilu-

minado con otras luces, ha captado otros ángulos aparentes. Acaso, superponiendo las dos imágenes, podemos columbrar la figura exacta.

Otros novelistas recurren al mecanismo de hacer contar un mismo hecho por varios testigos. Pocas veces se produce la coincidencia. Basta una diferencia de segundos para que la realidad aparente haya cambiado. No en vano, "jamás nos bañamos en la misma corriente". Cuerpo y alma se queman constantemente en sus propios ardores.

Virginia Woolf glosó en sus novelas ese cambio, esa huida del tiempo. En una de sus piezas maestras, *Al faro*, cuenta el caso de una fracasada excursión, que llega a realizarse cuando los personajes exhiben otras apariencias. Unos perdieron su juvenil esperanza, los otros se adivinan cubiertos de una nueva piel.

Orlando es otra de sus creaciones. El tema del vivir aparential llega a su cima. El protagonista vive a través de distintas épocas, e incluso "cambia de sexo y de alma".

Las olas revive la historia cambiante de tres niñas y de tres niños. Los vemos crecer, hacerse adultos, teniendo como fondo el tumbo y la metamorfosis de las olas.

Entre la realidad y la apariencia existen fuertes nexos. Pero son valores distintos. Juvenal dijo en sus *Sátiras*: "No te fíes de las apariencias". Virgilio inicia una de sus *Bucólicas* con un consejo: "No te fíes demasiado del color de las verdades".

Sin embargo, entre la complejidad de las apariencias está disimulado el camino para llegar a la verdad de las cosas. Es muy posible que la pintura abstracta no sea más que el juego y constante reflujo armónico de valores aparentiales.

Ahora bien, ¿es posible concebir a Dios como apariencia metafísica? ¿Cómo desentrañar los enigmas de un morir para la supervivencia?

Tal vez, la exclamación eufórica que dice "¡Dios a la vista!" no es más que un intento de nivelar lo trascendente con un vivir humano, problemático, puesto en la palma de las manos del hombre que, desde antaño, se dio a las tareas del filosofar inaudito. Ya en los antiguos mitos existe la entusiasta premonición de explicaciones posibles. El mito de Eleusis es, sin duda, uno de los más complejos y fastuosos.



El hombre de todos los tiempos ha soñado en el Más Allá. Y ha comprendido que la muerte es algo que le ocurre a la vida. Ciertos filósofos han insinuado que hay en los seres humanos una espiritua-

lidad autónoma, que sustenta las manifestaciones de la persona. En última instancia, esa autonomía de lo espiritual quiere demostrar, hasta donde es posible, la realidad de la supervivencia.

Nadie ha vuelto de la muerte para decirnos si el morir es como caer la hoja que se pudre, o como caer la semilla que renace. Desde los albores de la filosofía hasta nuestros días, varios pensadores han dicho que una realidad enterrada y muerta es como el grano de trigo que germina para hacerse eterno. He ahí el eco, todavía actual, del más bello de los misterios griegos, surgido en la ciudad de Eleusis.

En las ciudades griegas del Atica, Deméter, diosa de la Tierra y de la fecundidad, fue objeto de un culto muy especial. El rasgo predominante de este misterio, que se hizo célebre en el mundo entero, consistía en afirmar la felicidad para las almas después de la muerte de los individuos.

Deméter busca a su hija, raptada por Plutón, rey del mundo subterráneo. Zeus interviene ante él, y se llega al acuerdo siguiente: Perséfone, hija raptada de Deméter, pasará todos los años una época junto a su madre, y esa época será de fecundidad para la Tierra. Durante el invierno, Perséfone habitará con su marido, siendo el largo período de letargo terrícola.

De esa ingenua creación, que marca el cénit de los niveles mitológicos, nacerá, en su desarrollo, la preocupación filosófica más duradera de Grecia. Bien pronto, ese misterio habría de recamarse de significaciones simbólicas.

El trigo, uno de los alimentos básicos, se convierte en la representación de la humanidad. Su transformación material significa la espiritualidad del alma. En virtud de un juego metafórico, esa imagen se incrusta en el cristianismo. De ahí surgen las ideas de muerte y de supervivencia.

Tratemos de aclarar tan complejo juego metafórico. Si la semilla no muere, es estéril, se condena. Si muere, se multiplica y adquiere vida en la espiga. Asimismo, el hombre, imagen del grano de trigo, si no muere para la vida inmediata y corporal, no florecerá en una vida posterior, es decir, en el vivir espiritual.

En los albores del siglo xiv, plurales corrientes filosóficas hacen mella en el cerebro de Johanes Rusbroeck, prior de un convento de agustinos, allá en Flandes, su tierra natal. Este hombre, que acepta la muerte con la simbología del grano de trigo sembrado, nos dirá que hay un camino para que el alma no muera. Proyectarla por tres amplias zonas, discurrir con paso lento por siete etapas. Entonces, la vida renace para gozar la inefable presencia de Dios.

Sí, hay que sembrar la vida y la muerte para que renazcan. En

todas las literaturas del orbe hay bellos ejemplos, en cuya entraña está como subyacente la simbología del grano de trigo y de sus más variadas formas de siembra. El misterio de Eleusis, diluido en todas las plasmaciones culturales, incita al murmullo de sus caprichosas esfinges.

Sembrar en la tierra supone ir en pos de una continuidad. Cuando el campesino esparce y entierra la semilla, espera que los nuevos frutos sean más perfectos, de más apretado dulzor que los anteriores. Porque renacer supone un paso a otra vida, a una original forma de existir.

El misterio griego, ampliado por la concepción platónica, reelaborado por la mente genial de Plotino, se fue incrustando en la concepción mística de muchos seres humanos. Y de sus místicos tratados pasó al recinto de los poetas, se atrevió a instaurarse en las áreas de la novelística y del ensayo. Incluso está forzando las murallas de la ciencia. Sobre todo de esa ciencia que se proyecta hacia los misteriosos reductos de Urania. Y como era de esperar, una nueva fórmula filosófica se hace presente.

La ciencia astronómica y la afición matemática crean intereses filosóficos en algunos hombres. Viajeros en un rayo de luz, pacientes observadores de las noches estrelladas, ensimismados en meditaciones, la eterna astronomía es para ellos una ciencia rica en proyecciones metafísicas.

La preocupación por los mundos siderales nació con el auge de la filosofía racionalista. Un filósofo alemán, Aloys Müller, entre sus problemas metafísicos propuso el de mayor complejidad, no exento de atisbos prácticos. Puede ser formulado así: "Supongamos que en un planeta, próximo o lejano, hubiese seres inteligentes. ¿Cómo podríamos entendernos con ellos?".

La posible respuesta a ese interrogante alcanza un nivel máximo. En su razonamiento hay inquietudes filosóficas.

Los ideales habitantes de cualquier lugar del cosmos son para nosotros una materia primitiva, desconocida, sin forma concreta. Pero he ahí que la forma es el único medio, el necesario recurso para que nuestro pensamiento pueda entrar en relación con la materia. Por eso, habríamos de asignar una forma a esos seres. Todos los hombres han experimentado el siguiente fenómeno: basta que oigamos la voz de una mujer para que le demos una forma, para que imaginemos un cuerpo rotundo o de espiritual sobriedad, de masa etérea y angélica. El fluir del pensamiento filosófico nos demuestra que, cuando el hombre ya no puede inventar formas, se ve perdido en su mundo y

tiene que dar un salto en el vacío, buscando lo que se ha denominado la eternidad. es decir, el lugar de los dioses.

Por el cuerpo llegaríamos a los reductos del espíritu de semejantes seres. Nuestras relaciones con ellos habrían de exigir originales formas de pensamiento, inesperados matices en los mecanismos de nuestra lógica habitual.

Una comunicación verbal no conseguiría despejar el cendal de brumas de su hipotética realidad. Nos sería preciso conocer su forma, su epidermis habría de recibir la exploración de nuestro tacto, la imagen óptica crearía el sortilegio de nuestros pensamientos, de nuestra voluntad de comunicación espiritual.

Tal vez, la visión panteísta del mundo, algún día, llegará a presentarnos la imagen de Dios, quién sabe si más real y verídica que su actual apariencia.

La evolución del pensamiento filosófico nos demuestra que los hombres viven en permanente anhelo de evasión. Muchas historias humanas se explicarían, si nos fuera dado conocer qué luz puso resplandores de energía en su inevitable proyecto de fuga, hacia las ignotas regiones en donde sesteaba Dios, por encima de los finísimos halos siderales, en dirección recta hacia una estrella que parpadea en el horizonte como el ojo ciclópeo de la divinidad.

Podría decirse que, hasta hoy día, la cogitación filosófica no ha resuelto ninguno de sus problemas fundamentales. Quizás su mayor conquista haya sido la de afirmar que los seres humanos son realidades físicas y entes espirituales, abocados, en consecuencia a enfrentar "situaciones" de raigambre espiritual.

Pero, ¿dónde empieza la farsa aparential y cuándo se inicia la máxima realidad?

Con las aportaciones científicas, la filosofía llega a sus altos niveles. A veces, un sencillo movimiento la hace oscilar y derrumbarse. Y sus pacientes jerarcas, los filósofos, vuelven a desbrozar los horizontes.

Muy distantes en el tiempo y en el espacio, surgen los místicos. Su lenguaje se hace transparente e ingenuo, porque ellos "tuvieron la visión directa de Dios".

¿Acaso ese Dios no será, tan sólo, el nivel supremo de nuestras apariencias?

Si así fuera, cobraría vigencia una de las más extraordinarias intuiciones científicas. "A Dios lo llevamos en la sangre y en el sistema nervioso, se hace luz en nuestras retinas, es pensamiento azul, lazo que une las riberas de la apariencia y de la realidad",